

traban en las leyes de la naturaleza ó de la humanidad los ha suprimido ó ha ensayado disminuirlos.

No enumeraré, para concretarme á mi objeto, sino los milagros y las profecías, no tengo que sostener la tesis del milagro y de la profecía; pero hago constar que existen y que siempre que se han levantado en el camino de la crítica negativa, ésta los ha rechazado de plano.

Ahora bien, no pueden ser tratados con este desdén la oleada de milagros que hacen constante la divinidad de Jesucristo ni profecías tan brillantes como las que han brotado de su boca divina.

No puede negarse que Jesucristo haya roto la losa de su sepulcro.

No se puede negar que Jesucristo haya proclamado que el templo sería destruído y que de él no quedaría piedra sobre piedra.

No puede negarse que anunció que su obra cubriría el mundo.

No se puede negar que haya predicho la dispersión de un pueblo que le desconoció, abandonó, le traicionó y condenó.

No puede negarse que profetizó su propia flagelación, los ultrajes con que se le abrevó y su muerte en la cruz.

No se puede negar que animoso y sereno, aunque desazonado por momentos, marchó al Calvario, al suplicio, á la muerte.

Y vosotros, historiadores que habeis encontrado á esta figura, la habeis olvidado después; no habeis querido verla. Y sin embargo, este gran sér, que no tiene nombre humano, este hijo del hombre sabía que iba á la muerte y á la muerte tal cual la había predicho.

No puede negarse tampoco que haya tocado enfermos y que los haya curado.

Interpretáis y decis: ¡El contacto magnético!—No, que no! El contacto magnético no resucita muertos. He visto contactos magnéticos, los conozco. Abusáis de lo obscuro; os salvais en el antro en el que las tinieblas permiten esquivarse siempre; pero el magnetismo llega á ser conocido. Es fuerza que encontreis otra cosa, y de allí os expulsaremos, espíritus astutos que huís de la luz.

Decís aún: La naturaleza tiene leyes desconocidas, con las cuales se explican los milagros; estudiaremos estas leyes y sabremos cómo se hacen milagros; encontraremos la ley maestra de las potencias de la naturaleza,

¡No! no saldreis del dilema: os será preciso reconocer que hay otra cosa que no es la naturaleza y su determinismo, otra cosa que el hombre y su libertad, y desde luego os declararéis vencidos; ó bien, obstinareis en suprimiros en falsear los documentos llenos de milagros, de profecías, innegables para quien no tiene preocupaciones, para quien no quiere trapear y sereis acusados con justicia de violar la historia y de mutilar la realidad.

Entonces, me direis, ¿nos forzais á aceptar el absurdo? No, Señores, puesto que reconozco á la razón el derecho de recusar un hecho si implica una contradicción. Pero ni los milagros, ni las profecías, de los que está tejida la historia cristiana, están en la categoría de los hechos absurdos ó contradictorios; pues si escapan á las leyes de la naturaleza y de la humanidad, entran en la ley superior de Dios, transcendente á la naturaleza y á la humanidad. Es por esto que me dirijo á los espíritus libres, á los jóvenes que no están en adulterio con doctrinas limitadas como los cerebros que las han concebido, y les digo: Jóvenes ávidos de libertad intelectual, no reconozcais sino á un maestro después de Dios, á vuestra razón desprendida y pura de todo sistema, vuestra razón esencial, popular en

el sentido más amplio de la palabra, armada de los principios de causalidad y de finalidad; y con estos principios irresistibles confundid al panteísmo, al ateísmo, al criticismo. Vosotros sois más fuertes que estas doctrinas efímeras. El que tiene en su favor á la razón eterna, domina á su tiempo y á las preocupaciones seductoras y á las falsas teorías que pudieran desviar del camino recto á hombres menos sinceros, menos impacientes por librarse de toda servidumbre y de toda traba.

Los hechos de que acabo de hablaros, Señores, pertenecen al pasado y no podrían ser conocidos sino por el intermedio de los testigos que los testifican. Estos testigos son hombres semejantes á nosotros, que valen algunas más, algunas veces menos; para nosotros los creyentes siempre valen más.

Y bien, ¿cuál debe ser la actitud del hombre independiente y libre ante los testigos de la historia? Y desde luego ¿cuál es la actitud de la crítica contemporánea? Es preciso desenmascararla, ver lo que encumbren sus frases torcidas y sus enfemismos.

Vuestros testigos, nos dice, eran cándidos. No sabían nada y por consiguiente no vale la pena de escucharlos. Pedro, Pablo, Magdalena: iluminados, judíos empedernidos en preocupaciones rigurosas. ¿Habíase distinguido entonces lo natural de lo sobrenatural é inventado los procedimientos científicos de investigación? ¿Ya se había constituido un cuerpo de académicos capaces de juzgar doctamente en todas las materias? ¿Sería preciso examinar si estos altos personajes habían reconocido, científicamente las curaciones de enfermos, las resurrecciones, las profecías? ¿Hubieran entonces podido creer en ellas? Pero, pero... os traduzco, Señores,—¿por qué vivir siempre en esta especie de hipocresía y con postizas caretas? Yo le-

vanto las máscaras.—¡Pero estos testigos son imbéciles! Hé aquí la expresión vigorosa y verdadera, ya salió de mi boca; no se cree en los imbéciles.

Pues bien, no soy de la opinión de estos menospreciadores del hombre. Yo respeto al hombre. Pedro, Pablo, Magdalena y todos los personajes de la intimidad de Jesús. Los venero, acepto su testimonio. Creo que puede ser recibido porque emana de almas despreocupadas de sí mismas, de almas sinceras que cuentan lo que han visto, de almas heroicas que han dado su vida por sostener la verdad. No haré del uno—siguiendo siempre á la crítica contemporánea—un iluminado y fantástico de los otros. Veré en Magdalena á la gran conversa. Estamos en esta Iglesia, bajo su égida. Y en estos apóstoles saludaré á los vencedores del mundo pagano. Son dignos del respeto que se debe á aquellos que han tenido el vigor de testificar su fe, en despecho de todo; son dignos, no sólo de ser respetados como victoriosos, de ser escuchados como aquellos á quienes llenó el espíritu de abnegación y de sacrificio, el espíritu de Dios.

Y ahora si le place á la crítica atacar, tratar á nuestros testigos con desprecio, volveré el desprecio contra ella y desdeñando sus ataques, centuplicaré mi respeto.

Los hechos que hacen constar nuestra creencia en la divinidad de Jesucristo han sido expresados divinamente, es decir, por la palabra misma de Dios, en proposiciones que constituyen nuestros dogmas. El artículo fundamental que conduce á todos los demás es este: Jesucristo es, en la unidad de una persona divina, Hijo de Dios é Hijo del hombre, Hijo de Dios igual á su Padre, é hijo del hombre igual á nosotros, menos el pecado. Todo el cristianismo reposa sobre este dogma y sus libros sagrados no son otra cosa que su desarrollo.

La crítica ha debido buscar, evidentemente, el despojar á este dogma de todo carácter divino, puesto que tiene por objeto esencial suprimir á Dios de todas partes. Así, del mismo modo que, cediendo á su genio ateo, había intentado borrar lo divino en los documentos, ha querido suprimir los dogmas. Para alcanzar sus fines ha imaginado presentarlos como simples proposiciones que no tienen ninguna realidad divina y de creación puramente humana.

¡Ved la ironía de las cosas! Señores. Hace más de medio siglo el racionalismo explicaba triunfalmente cómo concluían los dogmas. Y hoy, la crítica contemporánea tiene la pretensión de enseñarnos cómo se forman los dogmas.

El espectáculo es regocijador. Vais á responderme sin ninguna duda. Es preciso que los dogmas se formen para concluir.

Entendámonos Señores; los dogmas no se forman como una teoría filosófica ó científica. No. Los dogmas son una palabra de Dios recogida por la fe del hombre. A la verdad se desarrollan lentamente al contacto del error que los niega, pero están por entero, en su esencia en la palabra reveladora que de una vez los ha constituido.

Jesucristo, Hijo de Dios é hijo del hombre: no pasará de estos dos términos. Todas las proposiciones sobreañadidas no son sino explicaciones. Y Pedro daba ya la palabra que contenía; como la bellota contiene al encino, la Critología entera según el lenguaje moderno. Cuando Dios arroja en el espíritu humano una proposición semejante, levanta como un grano que producirá ciento por ciento y, de la misma manera que el campo de trigo está contenido en la espiga, todos los dogmas están encerrados en esta palabra primitiva.

Examinemos, sin embargo, Señores, como dá cuenta la crítica de la divinidad de Jesucristo.

Ved su procedimiento. Ha comenzado por erigir en principio este hecho: Cuando un hombre ejerce sobre sus semejantes un grande ascendiente por su inteligencia, por sus virtudes, por sus obras, por su poder, por el terror que ha sabido inspirar ó por el entusiasmo que provoca, la humanidad, ó al menos los que le han conocido y amado, se sientan presa de la necesidad de glorificarlo.

Puede reconocerse un elemento cierto en este principio, Señores, pues el error no se presenta nunca sin algo de verdad.

En efecto, cuando aquellos á quienes amamos desaparecen ó se alejan, su belleza moral se depura á nuestros ojos.

¿Quién es aquél que no ha amado y visto morir seres queridos? ¿Quién no los ha sentido, después de su muerte renacer en su recuerdo, idealizados, con la frente ceñida de una aureola de belleza? Este sentimiento no nos induce en error, al contrario eleva y rectifica nuestro juicio. La proximidad nos impide verlos bien, los detalles nos ofuscan y el conjunto se nos escapa. Alejaos; percibireis el tipo verdadero, en su belleza armónica, como si estuviese tallado, esculpido en un mármol de Paros. El consuelo y el privilegio de la muerte es embellecer á aquellos que hemos perdido, colocándolos en la misteriosa lontananza en la que cae sobre su frente idealizada un rayo de la luz eterna.

Pero, Señores, la tendencia á embellecer, á glorificar á aquellos que hemos amado, cuando han desaparecido, no llega á pesar de todo, hasta la idolatría formal, hasta la deificación absoluta. Ahora, á esta tendencia hecha excesiva, llevada al último grado, es á la que la crítica invoca

para explicar la génesis del dogma de la divinidad de Jesucristo y para quitarle, con su carácter divino, todo valor objetivo.

Escuchad sus afirmaciones despojadas de todo artificio:

Jesucristo era un hombre como nosotros. Su alto valor moral inspiró á aquellos que le conocieron un amor tal, un entusiasmo tan vivo, un culto tan ardiente, que, durante tres siglos, sus fieles, arrobados, se entregaron á engrandecerlo sin tregua, hasta hacerlo Dios.

Este Nazarita, en rebelión contra las leyes religiosas de su nación, ha sido considerado por los suyos como un martir. De martir no tardó en pasar á ser el Mesías prometido á los Judíos, y para exaltarlo le aplicaron todo lo que los antiguos libros contenían relativo al Mesías nacional.

Después, la admiración, enardeciéndose á pesar de los siglos, ha visto en él al Salvador de la humanidad: le ha dado la santidad, todas las virtudes, todas las aureolas; y no bastando ya las aureolas ha coronado su frente con el nimbo, le ha dado la divinidad, no la divinidad de los Gnósticos que era una semi-divinidad y que hubiese dejado subsistir una desigualdad entre Dios y él, sino la Divinidad total y completa, es decir, la sabiduría sin límites, el amor sin limitación, la omnipotencia y la belleza sin declinación. La fe insaciable de los discípulos ha puesto en él todo, el *pleroma*. Lo ha hecho el igual del Padre, el igual de aquel á quien los Judíos consideraban como el Dios terrible, el igual de Jehová; le ha reconocido el poder de absolver todos los pecados; ha saludado en él al Verbo creador del mundo, al Juez supremo de toda criatura, á la Alfa y á la Omega.

Así es como se ha elaborado el dogma durante tres si-

glos; el entusiasmo no decaía; el culto apoteótico se mantenía en continuo trabajo en favor de Jesucristo.

Tal es en resúmen, la doctrina evolucionista bajo el punto de vista de la crítica del dogma de la divinidad de Jesucristo.

Lo que me admira es que no pueda mostrar otro ejemplo de un hecho semejante. No se ha divinizado á Zakia Mouni: ha llegado á ser simplemente bohada. No se ha divinizado á Mahoma: ha permanecido siendo simple profeta. No se ha divinizado al Judío Moisés; aún se ha tenido el temor de verlo muy exaltado por su pueblo y se ha ocultado su tumba.

Y sin embargo, todos ellos eran muy poderosos: el bou-dha arrastrando á millones de hombres tras de sí, creando razas, pueblos, civilizaciones nuevas; Mahoma, disciplinando á una raza indomable, dándole una religión y una ley, inspirándole un fanatismo al que doce siglos no han podido agotar; por último, Moisés, creador de un pueblo raro é indestructible. Y no hablo de los grandes hombres modernos; se tiene, sin embargo, cuidado de decirnos con muchas prudentes precauciones que ya el tiempo pasó, que los hombres no saben ya hacer dioses.

Los paganos crearon millares, ellos que divinizaban á los emperadores. Este arte se agotó en Jesucristo.

Perdón, Señores. Notad que no hay nada común entre la apoteosis pagana y la deificación propiamente dicha. La una colocaba á los emperadores en la morada de los dioses, en tanto que la otra ha identificado á Jesucristo con el mismo Dios.

¿Por qué esta diferencia?

¿De dónde proviene que con respecto á esos grandes hombres la humanidad se haya detenido en la apoteosis, y por qué con respeto á Jesucristo, ha sobrepasado todo lí-

mite y no se ha detenido sino hasta la deificación absoluta? Me asiste el derecho para preguntarlo. ¿Qué había pues, en este sér único, de tan singular para que sus discípulos lo elavaran á una altura á la que ningún sér humano ha alcanzado y con tal persistencia que los siglos no cansan ni mitigan en la humanidad el ardor de glorificarlo? Pues los que aquí os encontrais—la gran mayoría al menos—le adorais aún. ¿Y vosotros, los que habeis cesado de adorarlo, valeis más por ello? ¿Sois más inteligentes? ¿Os creis más libres; teneis más virtud? ¿Acaso servís mejor á vuestro país, legisladores incrédulos que anhelaís el favor popular? ¿Estais más dispuestos, después de haber desechado á Jesucristo, para el triunfo del bien?

Siempre que veo, á los que rechazan á Jesucristo, curar las heridas de los miserables, me admiro; debían mejor curar sus propias heridas. Tengo instintiva desconfianza de aquellos que, habiendo conocido al Cristo, al ideal de los que sufren, del cuerpo ó del espíritu, destruyen en los desgraciados la fe en Jesús y fingen no creer el amor de los fieles que han conservado el culto de lo que es santo.

Aún hay más, Señores. No ha sido progresivamente como los fieles han adorado á Jesus como Dios; desde la primera hora los discípulos han saludado en él al Cristo, al Hijo del Dios vivo: las epístolas de San Pablo, escritas algunos años después de la muerte del Maestro, las epístolas, á falta de cualquier otro documento lo prueban hasta la evidencia. La idea de una deificación progresiva es un puro romance creado para las necesidades de la crítica.

Admito por un momento que hayamos divinizado á Jesucristo y que esta proposición: Dios se ha hecho hombre,

deba ser invertida y reemplazada por ésta: De Jesucristo han hecho un Dios los hombres.

Mirad el resultado:

La humanidad en su estado de civilización más elevado, que es el nuestro, y podemos decirlo sin hecerles una injusticia á nuestros abuelos y sin ofender á la verdad, no es otra cosa que una vasta idolatría y una inmensa servidumbre que debe reprobador toda conciencia religiosa y libre. ¿Que digo? el cristianismo, que ha hecho caer en ruinas al paganismo, no habría pensado sino en reemplazar la antigua idolatría y la vieja servidumbre por otra idolatría y por otra servidumbre! Así, vosotras mujeres, abnegadas hasta el sacrificio heróico, si habeis quebrantado vuestras cadenas para convertirnos en las legiones victoriosas de la caridad, no por ello dejais de ser idólatras. Y si vosotros, apóstoles que estais animados de un celo impetuoso, vais á enseñar el nombre de Aquel á quien llamaís vuestro Dios, más allá de las fronteras y hasta el fondo del continente negro, abierto á vuestros esfuerzos como un campo sin límites, ¡es la idolatría la que os empuja! En una palabra: si valemos algo—lo que no es dudoso—si la caridad ha llegado á ser en nuestro mundo una virtud maestra, si la justicia es en él una pasión, si todas las grandes virtudes han ennoblecido á la humanidad, ¡ha sido gracias al reinado de la idolatría y de la servidumbre!

Consecuencias semejantes juzgan de las doctrinas y eximen de su refutación. Siento en lo más profundo de mi conciencia cóleras que hierven y me vuelvo, para dominarlas, contra esas doctrinas que, con el fin de atacar á Dios, se han visto reducidas á infligir á la humanidad, á su tiempo, á lo que hay más honesto, más bello en la humanidad y en su tiempo, el nombre de idólatra, el último de los nombres, el más bajo de todos porque expresa el más cul-

pable de los errores y la más vergozosa de las servidumbres.

Reasumo y termino.

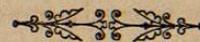
La doctrina evolucionista quería suprimir á Dios valiéndose, para hacer esta supresión, del procedimiento de la crítica; pero la crítica ha servido, al contrario para arruinarse á sí misma. Sea que se la juzgue en sí misma, sea que se la juzgue en sus aplicaciones á los documentos, á los hechos de la historia y al *Credo* de la Iglesia, esta doctrina es insostenible. Debe ser repudiada por una razón sana y libre.

Por lo demás, lo sé, es una arma que comienza á estar pasada de moda. ¡Gracias á Dios! veo á la juventud que viene, escucho los latidos de su corazón, vigilo las convicciones de su espíritu: ¡y á votros es á quienes abandona y á nosotros es á quien acude! ¡Va! Señores, las armas de la "Crítica" pronto serán armas envejecidas que se pondrán en los museos en donde se va á ver cómo se batían los antiguos. Hoy, son necesarias otras espadas, otras corazas y otras tácticas.

¡Jóvenes, libertaos! Franquead á vuestro pensamiento. Teneis hambre y sed de libertad. Ahora bien, la razón es libre cuando ha repudiado el panteísmo, el ateísmo, el criticismo; es libre, cuando conserva el vigor de sus principios para aceptar lo que es bueno y para rechazar lo que es malo.

Tomad en la mano la espada de la caridad. Los que nos atacan son audaces y en las condiciones en que lo hacen audaces hasta el escándalo. Si acontece que un espíritu honrado y que entregado á la templanza y á la caridad, quiere ponerlas al servicio de sus convicciones, de sus creencias, se procura espantarlo. A vuestro turno, jóvenes, sembrad el terror en ese mundo envejecido porque

no conoce sino una cosa, la osadía del error y porque no ha sabido conocer el santo, el sublime esfuerzo de los que llevan como símbolo un Cristo en las manos. Volveremos á conducir hacia Jesús á las multitudes que mueren por no poseerlo y á los desesperados que, sin él, buscan en vano la última palabra de la vida por haber olvidado el sentido de la eternidad.



CUARTA CONFERENCIA

EL GRAN MOTIVO DE LA CREDIBILIDAD

EN LA

DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

SEÑORES:

Después de haber patentizado la vitalidad de la creencia en la divinidad de Jesucristo, hemos vuelto nuestras miradas hacia los adversarios de esta creencia y les hemos dicho: "¿Negais la divinidad de Jesucristo, y por qué?" Y nos han respondido: "Negamos la divinidad de Jesucristo porque negamos á Dios." La razón es radical. Pero una objeción se ofrece por sí misma; si bastase negar para destruir, un simple argumento se impondría al mundo. Los idealistas que dicen: "No existe el mundo," habrían de un solo golpe, con un solo argumento, aunque sutil, pero